

al cielo á menos de acompañarlas la caridad. La caridad es efectivamente la madre fecunda que produce todas las virtudes verdaderas, la reina augusta que las enaltece y las corona; sin ella no hay virtud digna de tal nombre; con ella todas las virtudes bastan, en grado suficiente, á guiar á la eterna bienaventuranza.

Rusumamos este magnífico sistema de las virtudes; como él mismo resume la doctrina del divino Reparador del hombre caído. Así como hay diez mandamientos de los cuales dependen, y á los cuales se refieren todos los demás, así tambien hay diez grandes virtudes de las cuales dependen y á las que se refieren todas las otras, siendo estas virtudes: la sabiduría, la ciencia, la inteligencia, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la fe, la esperanza y la caridad. Así como hay tres mandamientos que regulan nuestras relaciones con Dios, y siete que regulan las concernientes á nosotros y al prójimo, tambien hay tres virtudes referentes á Dios, y siete relativas á nosotros y al prójimo. Así como los diez mandamientos se refieren al precepto de la caridad, tambien todas las virtudes se refieren á la caridad, que es el primero y último término de todas ellas. De este modo las tres primeras virtudes, dichas intelectuales, perfeccionan nuestra mente adaptándola á la noción de la verdad; las cuatro segundas, dichas morales y cardinales,

¹ Qui non diligit manet in morte (I Joan. iii, 14); sed per virtutes perficitur vita spiritualis; ipsae enim sunt quibus recte vivitur, ut S. Aug. dicit lib. II de Liber. arbitr. c. 17, 19. Ergo non possunt esse sine dilectione caritatis... virtutes morales prout sunt operativae boni in ordine ad finem qui non excedit facultatem naturalem hominis, possunt per opera humana acquiri; et sic acquisitae sine caritate esse possunt, sicut fuerunt in multis gentilibus. Secundum autem quod sunt operativae boni in ordine ad ultimum finem supernaturalem, sic perfecte et vere habent rationem virtutis; et non possunt humanis actibus acquiri, sed infunduntur à Deo; et hujusmodi virtutes morales sine caritate esse non possunt. (D. Thom. 1, 2, q. 33, art. 2). — Fides et spes sine caritate possunt quidem aequaliter esse (secundum inchoationem quamdam); perfecte autem virtutis rationem sine caritate non habent. (Id. id. art. 4; I Cor. xiii) — Per caritatem tota lex impletur; sed tota lex impleri non potest nisi per omnes virtutes morales, quia lex praecipit de omnibus actibus virtutum. Ergo qui habet caritatem habet omnes virtutes morales. S. Aug. etiam dicit, quod caritas includit in se omnes virtutes cardinales... Respondeo dicendum quod cum caritate simul infunduntur omnes virtutes morales. (Divus Thom. 1, 2, q. 63, art. 3). — Véase para mayor explicacion la excelente obra titulada: *Tratado de las virtudes cristianas*, por el abate C. Bussón, canónigo de Besançon.

cionan nuestra voluntad adaptándola á obrar el bien, y las tres últimas, dichas teologales, perfeccionan juntamente el entendimiento y la voluntad, predisponiendo uno y otra á entrar en relacion con Dios y obrar el bien sobrenatural, y conduciéndonos por tanto á la felicidad omnimoda, que es nuestra union con Dios por medio de la caridad en este mundo y en el otro.

Es, pues, una verdad que las virtudes se enlazan unas con otras, y tienen todas por objeto único el desarrollo del hombre en Dios, al través de los embates de la vida, hasta florecer en él completamente en el seno de las eternas fruiciones; porque el cielo es el amor. ¿Conoceis cosa mas deliciosa, mas aventajada y mas digna del hombre y de Dios?

Para que mejor resalte y se aprecie este encadenamiento maravilloso por medio de un gran contraste, observemos que todos los vicios se enlazan tambien unos con otros, y que juntos tienen por último objeto debilitar y mancillar al hombre haciéndolo esclavo del mal al través de las luchas de la vida, hasta que puedan encadenarle en los tormentos de una eternidad desgraciada, porque el infierno es el odio.

Odio ó amor, infierno ó cielo, hé aquí la expresion suprema de la doctrina del Maestro divino, así como la explicacion definitiva de hombre y de la vida, del tiempo y de la eternidad.

El Hijo de Dios, que descendiera á la tierra para aleccionar al linaje humano, consagró especialmente los cuarenta dias posteriores á su resurreccion á iniciar á los Apóstoles en los secretos de su doctrina, y haerles conocer la perfecta inteligencia de las Escrituras, el fin para el cual el Verbo eterno hubo de descender á la tierra y quiso nacer, vivir y morir; la necesidad de unirsele todos los hombres por medio de la fe, la esperanza y la caridad; la condicion y el medio indispensable de granjear esta union, esto es, la gracia y la oracion; el objeto de la propia union en el tiempo, la imitacion de su vida, y en la eternidad la participacion de su gloria; la causa única que pueda contrastar esta union santa, y reducirnos á la servidumbre del demonio, el pecado, y los remedios para ese mal único, las postrimerias y las virtudes: todo esto fué hecho notorio á los Apóstoles, y ellos quedaron en situacion de comunicárselo al universo. ¿Qué mas le faltaba hacer al nuevo Adán antes de remontarse al cielo?

Por un lado las generaciones venideras quedaban ya emplazadas

para esta union con él, principio único de su regeneracion y de su salud; por otro, ya no habia nadie á quien instruir, y de consiguien- te la mision terrestre del Salvador estaba llena. Mas al objeto de perpetuar la obra de su redencion, y hacer accesibles sus beneficios á todos los pueblos hasta la consumacion de los siglos, sustitúyese en otro él: establécese un vicario, á quien va á confiar la plenitud del poder que recibió de su Padre, en quien va á descargar la im- portante tarea de propagar y dar cima á la grande obra que ha in- coado. Jamás hombre alguno se vió sublimado á tan esclarecida dignidad; jamás responsabilidad mas formidable pesó sobre un mortal: ¿quién será este lugarteniente del Hijo de Dios? ¡Oh abis- mo de misericordia y de sabiduría! aquel mismo será que poco an- tes renegara tres veces de su Maestro á la voz de una criada. ¡Lo que hay de mas débil, para la obra mas trascendental! ¡una ca- ña, para sostener el universo! ¡un gran pecador, para constituirse doctor de la fe y padre de los cristianos! En una palabra: este vi- cario del nuevo Adán es san Pedro. Nada mas sublime ni mas tier- no á la par, que las circunstancias de esta ordenacion: oigamos su relato.

Pocos dias antes de ascender al cielo, el Salvador hallándose ro- deado de sus Apóstoles, puso los ojos en Simon Pedro, y le dirigió esta misteriosa pregunta: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que todos estos? Ni Pedro, ni sus compañeros, podian imaginar á dón- de se encaminaba una pregunta tan inesperada.

Hé aquí su sentido: Cuando un rey quiere confiar un cargo im- portante á alguno de sus súbditos, empieza por exigirle garantías; le pide una fianza; pero estas garantías y fianza han de ser propor- cionadas á la eminencia del cargo, y eso es lo que hace nuestro Se- ñor. Este Pastor divino, que acababa de dar su sangre por sus ove- jas, en el momento de dejarlas ha resuelto confiar su direccion y custodia á Pedro su discípulo; antes, empero, de condecorarle con tan insignes funciones le pide garantías, le exige una fianza: mas ¿qué fianza espera de un misero pescador que no tiene otra riqueza que su barquichuelo y sus redes? La mayor y mas segura que un hombre pueda ofrecer: el amor; pero amor llevado hasta el herois- mo; amor dispuesto á inmolarse en servicio de su Maestro y por los intereses del cargo que se le confiere: tal es la fianza, tales son las garantías que el Hijo de Dios demanda á su discípulo.

Así, al dirigir á san Pedro esta pregunta: ¿me amas tú mas que

los otros? venia á decirle: yo quiero darte una prueba de confianza mayor que á los demás; ¿quieres tú en cambio darme una garantía mayor de inviolable fidelidad? ¿Me quieres, es decir, te hallas dis- puesto, mas dispuesto que los otros, á sacrificar por mí y por tu rebaño salud, fuerzas y vida si conviniere? San Pedro le contestó con humildad: Señor, bien sabes cuánto te amo. Solo despues de recibida esta seguridad le dice el Pastor divino: Apacienta mis corderos. Penetrado de gratitud, Pedro conoció el infinito ho- nór que le hacia su Maestro; y el Salvador, á fin de que se pene- trara bien de la extension de su compromiso, preguntóle otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?—Sí, Señor, repuso Pedro co- mo la vez primera, bien sabes cuánto te amo. Y Jesús volvió á decirle: Apacienta mis corderos.— Los corderos del Salvador son los simples fieles.

Si el cargo de Pedro hubiese debido reducirse á guardar y apa- centar, las seguridades que daba eran suficientes; pero su cuidado debia extenderse á los corderos y á las ovejas, á los fieles y á los pas- tores, y semejante tarea, echando el sello á la confianza del Maestro y á la gloria del discípulo, demandaba de parte de éste una nueva garantía; por eso el Señor le preguntó tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?—Seria preciso tener con Jesús la confianza que tenia con él el primero de los Apóstoles para sentir como éste lo amarga é inquietante que debió parecerle una pregunta tan reiterada: los recuerdos mas crueles se aglomeraron en su imaginacion: Pedro amaba mucho; pero eso mismo acrecentaba su temor de no amar lo suficiente; y turbado, confuso, brotando sus ojos lágrimas, res- pondió: Señor, nada se te oculta: tú sabes cuánto te amo! Con- cluyóse la prueba; las garantías estaban dadas: el Salvador, satis- fecho, le dijo: Apacienta mis ovejas.

Breve era esta frase; pero ¡cuán inmenso su significado, y cuán abundantemente compensó la pasajera alarma que el Apóstol aca- baba de sufrir! No eran solamente los tiernos corderos, figura de los simples fieles, los que Jesús ponía bajo su custodia y direccion, sino los pastores especiales de los varios rebaños, representados por las ovejas y madres; pastores que por su lado apacientan cierto nú- mero de reses, y que reunidos con todas sus greyes deben incluirse en un mismo redil bajo el cayado del pastor comun.

Así fué consagrado el primero de los Papas: una dignidad inmensa en cambio de un inmenso amor: tales fueron las condiciones de este

contrato sublime celebrado entre el Criador y la criatura, entre el Maestro y su discípulo.

En virtud de las palabras de Jesús, Pedro fué constituido vicario suyo en toda la extension de su reino: obispo de los obispos, padre de los padres, obispo no solamente de una sede determinada, centro de la unidad católica, sino de la Iglesia universal, príncipe de los pastores, ó lo que es lo mismo, insiguiendo la índole de su dignidad, siervo de los siervos de Dios. Tal es aun ahora y tal será siempre en el concepto de los fieles y pastores católicos el sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo; por eso, obedeciendo á un instinto de religion comun á todos los miembros y órdenes de la Iglesia, el solo nombre de Sumo Pontífice nos penetra de aquella honda veneracion, mezclada de confianza y cariño, que los hijos bien nacidos prestan siempre á su padre, apellidándole todos *nuestro Santo Padre el Papa*, porque todos en general y cada uno en particular somos hijos suyos. ¡Ay si dejamos alterarse estos sentimientos, ó trascordamos este lenguaje! Regularmente no hay prueba mas inequívoca de la obediencia de la fe en las familias y de una cercana perfeccion en los pueblos, que la disminucion de este respeto y el enfriamiento de ese amor.

Nada, pues, mas augusto que la dignidad de la cual el Salvador revistió á su discípulo, á fin de que la transmitiera á sus sucesores; pero esta dignidad le imponia terribles obligaciones, y Jesús no quiso que las ignorase: categóricamente le manifestó hasta donde se habia de extender ese amor que acababa de exigirle por fianza de su lealtad, diciendo: «Pedro, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñias é ibas á donde querias; mas cuando ya fueres viejo extenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras.» Por estas palabras, le vaticinó el género de muerte con la que un dia glorificaria á Dios, es decir, el suplicio de la cruz.

Pedro no se acoñgó por esta prediccion, y mas sensible á la honra de morir en la cruz en pos de su buen Maestro, que á la gloria de regir su Iglesia, nunca perdió de vista esta señalada é interesante profecia, pues treinta años despues, teniendo mas de sesenta de edad, suspiraba tras el cumplimiento del oráculo, escribiendo á los fieles, de quienes era en todo reverenciado como un padre, estas palabras: «Queridos hermanos míos, conviene que me apresure á exhortaros é instruiros mientras estoy preso en esta car-

«ne mortal. Soy ya viejo, y luego dejaré el tabernáculo de mi cuerpo «segun me lo ha dado á entender nuestro Señor Jesucristo¹.»

El Hijo de Dios, dirigiéndose despues á los demás Apóstoles, les dijo con tanto amor como majestad: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra: id, enseñad á todas las naciones: nada temais, yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*. Su mision terrestre estaba concluida: la Iglesia queda fundada: solo le falta volverse al lado de su Padre y preparar la venida del Espíritu vivificador que animará el cuerpo místico que acaba de constituirse.

Despues de prometer á los Apóstoles que el Paráclito descenderia sobre ellos para trocarles en hombres nuevos y ponerles en actitud de dar testimonio de él en Jerusalem, en Judea, en Samaria, en Galilea y hasta en los últimos confines del globo, Jesús se levanta y les conduce al lugar de Bethania; y seguido de todos, llegando al monte Olivete, teatro no ha mucho de sus humillaciones y dolores, y ahora teatro de su gloria, el divino Maestro extiende sobre ellos las manos para bendecirles; de repente empieza á elevarse á sus ojos; insensiblemente piérdelo de vista, y una nube luminosa le recibe, cual carro de triunfo en el cual será arrebatado hasta las alturas, volando en medio de las aclamaciones de la celestial milicia á tomar, á fuer de primogénito de sus hermanos y caudillo del género humano, posesion en nuestro nombre de la gloria eterna, en cuyo centro se sitúa, junto con nuestra humanidad, sobre un trono enaltecido, á la diestra de Dios Padre.

Desde allí, Pontífice supremo, Mediador, Abogado, Esposo de la Iglesia, está velando por nosotros, abogando por nuestra causa, dirigiendo la nave al través de los escollos, hasta que logre atraerla con todos sus tripulantes al borde de las celestes playas. Él intercederá por nosotros, y dejará bogar la barquilla inmortal de Pedro, hasta concluirse la prueba del tiempo concedido á la raza humana para su rehabilitacion. Entonces vendrá á segregar eterna y definitivamente á los que salieren de la vida purificados, de los que hubieren abusado falleciendo mas impuros que nacieron: tal es la verdad formidable que en aquel propio momento hizo él anunciar á los Apóstoles, y por éstos al universo. En efecto, mientras permanecian aun con los ojos clavados en el cielo, apareciéronseles dos Ángeles en figura humana, con blancas vestiduras, y les dijeron: Hombres

¹ II Petr. I, 14.

de Galilea, ¿qué haceis ahí contemplando el cielo? Este Jesús que á vuestra vista se ha subido, así vendrá con el mismo poder con que al cielo le habeis visto ir. Entonces los Apóstoles, adorando por última vez á su divino Maestro, regresaron á Jerusalem. Reunidos allí con la Virgen santa, entran en el Cenáculo para dar comienzo á aquella vida de retiro, modelo de todas las vidas, que debía terminar con tantísimos prodigios, si gloriosos para el Salvador, no menos consoladores para nosotros.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho nacer en el gremio de la Iglesia católica: hacedme gracia de que pueda vivir y morir en ella santamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me asociaré á la Propagacion de la Fe.

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION XXXII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.—MEDIO SEGUNDO DE OBTENER GRACIA: SACRAMENTOS EN GENERAL.

PREGUNTA. ¿Cuál es el segundo medio de obtener gracia?

RESPUESTA. Los Sacramentos.

P. ¿Qué son los Sacramentos?

R. Unos signos sensibles instituidos por nuestro Señor Jesucristo para santificarnos.

P. ¿Cuántos Sacramentos hay?

R. Siete, á saber: Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia, Extremauncion, Orden y Matrimonio.

P. ¿Á qué se refieren todos los Sacramentos?

R. Á la Comunion: el Bautismo adaptándonos á la union que en ella se opera con nuestro Señor; la Confirmacion manteniendo esta union, ó haciéndonos mas dignos de ella; la Penitencia disponiéndonos á restablecerla cuando es destruida por el pecado; la Extremauncion ayudándonos á consumarla en el instante de la muerte, y el Orden y el Matrimonio perpetuándola con la Iglesia.

P. ¿Quién instituyó los Sacramentos?

R. Jesucristo nuestro Señor, y nadie mas podia hacerlo, porque Dios es el solo capaz de comunicar á unos objetos sensibles el poder de producir gracia.

P. ¿Por qué instituyó los Sacramentos nuestro Señor?

R. 1.º para comunicarnos sus mercedes; 2.º para ayudarnos por medios sensibles á comprender las cosas espirituales; 3.º para evi-